

# A GUTIERREZ MELLADO

por EMILIO ROMERO

O I por primera vez su nombre en casa del socialdemócrata Antonio García López. Eramos cuatro a la mesa: los otros dos fueron, nada menos, Adolfo Suárez y Dionisio Ridruejo. Vivía Franco. El presidente del Gobierno era Arias Navarro, y ese almuerzo tenía las bendiciones de Fernando Herrerero Tejedor, ministro del Movimiento. Las cosas más sobresalientes de aquella conversación fueron éstas: Dionisio dijo que “el Régimen estaba muerto, y con los muertos no se pactaba”. (Adolfo y yo no íbamos a pactar nada, sino a abrir la primera conversación con la oposición moderada). García López informó que había seiscientos oficiales implicados en la Unión Militar Democrática (yo bajé la cifra a trescientos solamente, para quitar triunfalismo catastrófico a García López). Dionisio señaló que las conversaciones de la socialdemocracia con militares de alta graduación eran frecuentes, y entonces mencionó a cuatro tenientes generales, o sus representantes. Pero como Ridruejo está muerto, renuncio a dar sus nombres, porque no puede confirmarlo. Si viviera, lo haría, porque Dionisio era un personaje de una pieza. Tampoco se trataba de conspiraciones, sino de porosidades para oír, para no cerrarse en banda, y hasta para coincidir en determinadas cosas. Eso que se llama el placer de la conversación. Pues bien, el nombre de Gutiérrez Mellado salió a relucir con admiración en ese almuerzo. Un buen día, y en una cena en casa de los condes de Romanones, pregunté por usted a mi admirado amigo el teniente general Díez Alegría, y me dijo las mejores cosas. Entonces, reflexioné purísimamente: “Son de la misma cuerda”. Como eran de la misma cuerda García Rebull e Iniesta. No hago juicios de valor, sino que clasifico, a la manera de los botánicos.

En el Estado Mayor parece que están los cerebros de las Fuerzas Armadas. Son los científicos de la guerra, y los detectadores de la subversión; los estudiosos de los Ejércitos, los especialistas de los teatros de operaciones, los grandes titulados en la ciencia y en el arte militar. Los otros son los realizadores, los de los riñones, los que hacen la guerra, los que mandan fuerzas, sin perjuicio de que muchos de éstos alcancen los diplomas académicos del arte militar. El Estado Mayor tiene la organización y la información.

Hay dos grandes instituciones, en las que he entrado insuficientemente, y no por falta de gusto, sino porque he sido un deficiente estratega social: la Iglesia y el Ejército. No he cultivado a obispos y a generales, y así me ha crecido el pelo. He admirado, sin embargo, a muchos de ellos. Mi sentido crítico de escritor me ha impedido el besamano o el besabotas. Pensaba que ellos mismos se compadecerían mucho del lameulismo seglar o civil. Una vez fui a ver a don Camilo para interceder por un redactor del periódico que yo dirigía, y a quien un gobernador había metido en la cárcel. Don Camilo me recibió solemne y distante, y me dijo de entrada: “Nuestra conversación va a consistir en dos monólogos. Primero habla usted lo que crea necesario. Pero cuando hable yo, no me interrumpa”. Me encogió un poco el método, y largué mi speech. Después tomó la palabra don Camilo, y empezó así: “Cuando el Caudillo me hizo el honor de nombrarme ministro de la Gobernación, dejé el caballo a la puerta de esta casa...” Y le interrumpí. Mi condición de escritor político me obligó a cortar al ilustre general con estas palabras: “Pues el gobernador se ha montado en su caballo y se lo ha llevado”. Y es que la carrera de político es otra. En el torero es “parar, templar y mandar”. En la política es sonreír, encajar y abrazar”. O esto otro: “Paso de buey, vista de halcón, diente de lobo y hacerse el bobo”. Confieso que he intentado todo, y no me sale nunca lo de hacerme el bobo.

El caso es que yo conocía más a los obispos apostólicos y a los militares de guarnición que a los otros. Los obispos Argaya y Cirarda, que eran “contestatarios”, me querían. Argaya fue conmigo hasta emocionante. Nunca había oído hablar, sin embargo, de Vuestra Excelencia. Cuando me señalaron que estabais en el ala liberal del Ejército, entonces busqué su biografía. En España, desde don Fernando VII hasta don Juan Carlos I —siglo y medio—, el Ejército y la política no han sido cosas diferentes. Sus compañeros le llamaban a usted familiarmente “Guti”. Podría hacer un libro apasionante y estáis en el deber de escribirlo. No sería otro que el de su misión y sus acciones en el servicio secreto durante la guerra civil. Me dicen que entraba y salía usted de la zona republicana hacia la otra zona como Pedro por su casa. Yo estuve en la zona republicana, casi un niño, y eso que hacía usted me parece asombroso. Después, resulta que no habéis salido de los servicios técnicos y reservados del Ejército hasta que los ascensos os obligaban a funciones esporádicas de mando directo. Sois como un cerebro militar de las acciones reservadas y de la organización. Por eso tenéis que saberlo todo. Podría tener la radiografía del país y de las Fuerzas Armadas, privilegiadamente. Su riesgo podría ser que sea más temido que admirado.

Pero yo os quiero traer a mi terreno, porque a mí no me queda otro recurso que la técnica, que es el arte militar de los guerrilleros, porque los que operamos por libre carecemos de estrategia o de Estados Mayores. El Ejército que tenemos delante es el de la victoria de la guerra civil de 1939, y su cabecera actual es la del Alzamiento de julio de 1936, que son los capitanes de entonces. La sublevación fue contra el sistema político de la Segunda República —la Constitución de 1931— contra el Frente Popular que decidiera las elecciones a su favor en aquel célebre mes de febrero. El militar de la

conspiración fue Mola; el de la victoria fue Franco; el de la información y espionaje fue Ungría, a cuyas órdenes estabais. Las derechas españolas católicas, los monárquicos, los tradicionalistas, los republicanos-excluidos del Frente Popular y los falangistas fueron el acompañamiento civil, político y combatiente del Ejército. El protagonismo de aquello no estuvo en otras manos que en las de las Fuerzas Armadas.

¿Y qué pasó después? Calvo Sotelo se había anticipado. “El Ejército —dijo— es la columna vertebral de la Patria”. El Ejército fue, a lo largo de cuarenta años, la “columna vertebral” del Régimen. El Jefe del Estado era militar; los ministros de la Defensa fueron siempre militares; los capitanes generales eran siempre autoridades de más rango y respeto que las civiles en las áreas de las provincias; muchos ministros políticos y otras autoridades eran militares, aunque fueran jurídicos y de otros servicios. El Ejército era, realmente, la columna vertebral que garantizaba el equilibrio de todo aquello que tenía el Régimen de plural. Y para reforzar legalmente todo esto, se le hizo responsable del orden institucional mediante el artículo 37 de la Ley Orgánica del Estado.

Pero un buen día, tras la muerte de Franco, la Corona entiende que la reforma política no debe ser solamente corregir errores o defectos de marcha, adaptar legalidad a realidad, sino cambiar un sistema por otro sistema; modificar las reformas y los métodos del poder y de la representación pública. Quería ser una Monarquía de los vencedores y de los derrotados; del Régimen y de la oposición. Una Monarquía igual a las otras Monarquías europeas. Entonces, a lo que parece, el teniente general Santiago y Díaz de Mendivil puso sus reparos en algunos asuntos concretos. Era vicepresidente del Gobierno, y se marchó o cesó. Otro teniente general, Carlos Iniesta, famoso legionario, antiguo director general de la Guardia Civil, ex embajador en Argelia, consejero nacional y procurador en Cortes, felicitó a su compañero Santiago a través de un periódico. Y a los dos se les instruyó un expediente por si hubiera motivos para ser enfiados definitivamente en la reserva. Ya erais, Excelencia, vicepresidente del Gobierno en sustitución de Santiago. Tengo la obligación, mi general —y por mi oficio— de seguir los acontecimientos, y tengo alguna memoria. A Santiago y Díaz de Mendivil le conocí recientemente, y después de su célebre discurso de clausura del XI ciclo académico del CESEDEN. Allí lo detecté. Ese acto lo presidió quien hoy es el Rey y que entonces era Príncipe de España. El tema era nada menos que el de la formación de una conciencia nacional de la Defensa. Me interesaron estas palabras del general: “Nuestras defensas exteriores están atacadas desde hace tiempo y siguen adelante los trabajos de zapa. Casi están ya ocupando los hornabeques y las medias lunas del rito y del mito. Las galerías de mina están alcanzando el foso y progresan hacia los baluartes de la doctrina. El mito tiene actualmente mal ambiente; hay que “desmitificarlo” todo, someterlo todo al frío juicio de la razón. Destruyendo el rito, también se puede llegar a destruir el dogma que sirve: el rito de adoración de rodillas refuerza el concepto de la Divinidad; como el rito de saludo militar refuerza el de la disciplina. Pese a los avisos que dan los escuchas propios, que no apartan el oído de los geófonos, hay muchos en el recinto de la seguridad de la plaza que se aferran a la creencia de que se trata de falsas alarmas, de temores infundados de pesimistas. Incluso dentro de la plaza hay buen número de agentes del agresor, hábilmente disfrazados con los mismos ropajes del defensor, que contribuyen a reforzar ese sentimiento de confianza y suicida seguridad y que son siempre voluntarios para hacer guardia a la puerta de los polvorines”.

¿Su documentación, admirado general, es parecida a la de Santiago? Santiago era el director de ese alto organismo militar. Tenía en sus manos la documentación de la guerra subversiva, y todas las demás guerras. Tenía un gran prestigio militar. Usted ha sido uno de los grandes cerebros del Estado Mayor, que es algo más que una alta academia militar. Todos sabían que su paso por Ceuta y por una Capitanía General era un paseo militar de escalafón. Su destino era más alto ¿Dónde estaba el impulso? Salvador de Madariaga, desde un periódico americano, respiró con su nombramiento.

A continuación, el presidente Suárez llamaba a las autoridades militares de más rango en el país y les informaba de la reforma política. Parece que el presidente estuvo suasorio, convincente y eficaz, y hasta los más temidos por sus identificaciones personales con el franquismo puro —en la opinión de la gente— como Merry, Mateo Prada, y otros, salieron tranquilos o tranquilizados de Castellana, 3. Los ministros militares del Gabinete, Pita, Alvarez-Arenas, Cuadra y después Franco, estaban complacidos. De ahí para abajo, refunfuñaban o murmuraban muchos. El Ejército había hecho una profunda rectificación histórica. Eso que se había definido —con muchas definiciones— como el espíritu del 18 de Julio se había evaporado. Quedaba el edificio del Régimen, como un palacio antiguo, pero estaba siendo desamueblado. (Después del 15 de diciembre ya es pura ruina). Estábamos, más o menos, como después de la dictadura del general Primo de Rivera y de su muerte en París. Con un Gobierno gestor de la transición, con una liquidación de los exilios o los destierros y con una diferencia: esta vez la Monarquía no era la que aparecía gastada, sino que era quien hacía la operación y mediante una audiencia suprema. ¿Por qué? Porque todos los que estaban fuera, y a quienes se invitaba a venir al redil, eran republicanos. Y los que estaban dentro y eran en su

mayor parte monárquicos por Decreto y por instinto de conservación o por recomendación de Franco, levantaban sus ojos al Rey y venían a decirle: “No es esto, no es esto”, que es lo que dijo Ortega al régimen republicano de abril.

Desde mi condición de observador, o de espectador, de los hechos políticos, el suceso capital es que el Ejército ha renunciado a su identidad política, ha dejado de representar su gran mecanismo óseo de equilibrio de toda la nación y, por supuesto, ha llevado al almacén de los tópicos eso de la “columna vertebral” de España. El eje de gravitación de la política se ha desplazado al Monarca, y al pueblo representado en el Parlamento.

Al Ejército se le prepara para “profesionalizarse” y no para “involucrarse”. Pero para alcanzar ese objetivo —si es que lo fuera— tendrán que marcharse los militares de las responsabilidades del Gabinete ministerial, o del Gobierno. O se está en la política, o se está fuera de ella. Los Gobiernos en la democracia nacen de la voluntad general representada en los partidos. Los militares, si se profesionalizan, no pueden estar en los partidos, y por ello no podrán ser vicepresidentes, o ministro, u otros cargos, porque los programas de los Gobiernos son programas de partido, y la responsabilidad de los Consejos de Ministros es colegiada. Únicamente podrán alcanzar los militares la condición de funcionarios administrativos o técnicos en los Departamentos de la Defensa, y con cualquier ministro, de cualquier partido.

Las sanciones a los generales Santiago e Iniesta resultó una grave contradicción. Resulta que se les abría expediente por sus manifestaciones políticas. ¿Pero si eran políticos! Santiago envió su célebre comunicación como ex vicepresidente del Gobierno. Iniesta Cano es consejero nacional. Y quienes ordenaban la apertura de ese expediente eran políticos en activo, como Vuestra Excelencia —vicepresidente del Gobierno— y los ministros militares. La confusión es siempre lo peor. O errar, o quitar el banco. O se está dentro, o se está fuera. No se puede decir que los militares no se involucren en la política ni hagan declaraciones si son ministros, subsecretarios, o gobernadores, o consejeros nacionales o procuradores en Cortes.

Cuando aparecieron los tecnócratas abundantemente en los Gobiernos pasados, algunos de ellos, como Alberto Ullastres, afirmaría más de una vez que no era político, sino catedrático. ¿Pero se pueden asumir las responsabilidades del poder, y en el servicio ideológico de un sistema político, o de una Constitución, sin identidad? Eso podrá ser cómodo, pero no es admisible. Quien regenta un Ministerio o una alta función pública se moja. Y donde el país se moja hasta el cuello es en la democracia. En la democracia no se salvan de la mojadura ni los que se abstienen. La Iglesia de ahora —por ejemplo— no solamente aparece mojada, sino encharcada. El otro día me decía el cardenal Tarancón que la Iglesia está en este mundo, y que desde este mundo —y no desde otro— se alcanza el trasmundo. Esa es, realmente, la Iglesia apostólica.

Pero, ¿y el Ejército? Estaba bien mojado con su Alzamiento de julio del 36, frente a socialistas, comunistas e izquierdistas. Todos ellos perdieron aquella guerra, y los supervivientes, y los nuevos adeptos, se fueron a las catacumbas, y eran como partisanos en la vida social. Ahora han salido todos y ya negocian con el Gobierno la concurrencia política. Han venido con los viejos himnos, las viejas ideas y los fervores antiguos. El Ejército representado en el Consejo de Ministros ha dicho que sí a este regreso. El Ejército, representado en el “banco azul” de las Cortes Españolas, votó afirmativamente aquello que condenó a lo largo de cuarenta años: el sufragio universal, los partidos políticos y la democracia liberal y parlamentaria. ¿Qué no todos los militares piensan como los ministros militares y su vicepresidente actual? Esto es sabido. Pero las Fuerzas Armadas donde aparecen representadas, o titularizadas, es en los organismos ministeriales, y públicos, de la Defensa.

El propósito ahora está orientado a que el Ejército no se moje. Hay que liberarlo del compromiso de las distintas opciones políticas. Hay que descomprometerlo de las ideas y ponerlo en la zona del concepto país, o nación, o patria, y en la subordinación al Gobierno de turno, que titulariza la soberanía nacional. ¿Tampoco con Su Majestad el Rey, que es el capitán general del Ejército? El Ejército no se mojó con el Rey en 1931 después de haberse mojado hasta el cuello con la dictadura. Si no se mojara, grave asunto, porque tampoco se ha mojado el pueblo con el Rey en el proyecto de Reforma Política aprobado en referéndum —puesto que no se le ha pedido—; y no se sabe si se va a mojar después de las elecciones, porque nadie sabe lo que va a salir de la prestidigitación electoral. Solamente se sabe hasta la fecha que el pueblo es soberano. Lo que no se sabe todavía es que el soberano sea pueblo. Mire, general, esto se le ha escapado a Suárez en el texto de la Reforma.

Pero, a lo que íbamos. Se puede “profesionalizar” el Ejército por una reorganización de las Fuerzas Armadas, que ya está en marcha. Lo que va a ser difícil en nuestro país es “despolitizar” a los militares. Todavía no es posible. Lo que ya es evidente es que todos podemos tener un puesto en la mesa. La liquidación de los exilios es un gran objetivo nacional. Únicamente se trata de saber lo que se hace debajo de la mesa, porque la democracia es como una mesa camilla con faldas, y con un brasero dentro. Las gentes meten la mano para calentarse; y nunca se sabe.